

NICOLÁS LARA

# Apenas tengo dientes en la boca



Edición: Javier L. Mora  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Ilustración de cubierta: *S/T*, de Nicolás Lara. Dibujo, 2010

© Herederos de Nicolás Lara, 2024  
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798883812742

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*A Marta: capullito de rosas*

*Porque la fortaleza de la manada es el lobo y la fortaleza  
del lobo es la manada.*

RUDYARD KIPLING

*Yo soy el espejo de la heladería Coppelia.*

PEDRO PABLO OÑA, C/P NENE BUENO CACHIMBA

*Quiso cantar, cantar, para olvidar,  
su vida verdadera de mentiras y recordar  
su mentirosa vida de verdades.*

OCTAVIO PAZ

*TIERRA A LA VISTA*

**L**A HABANA está llena de unos bichos que vuelan. Son unas extrañas cucarachas. Dicen que son hermafroditas, dicen que vinieron en los barcos de Cristóbal Colón, dicen que Colón era una de estas cucarachas. Segundos después de ser coronado Fidel Alejandro Castro Ruz como Alejandro Fidel I de toda Cuba —con la bendición del papa y los presidentes de Rusia y Estados Unidos— se produce un apagón eléctrico de pinga y muy señor mío. Toda la ciudad a oscuras, toda la isla a oscuras, todo el universo a oscuras. La Guardia Suiza, ¿suiza de verdad? —ahora los suizos son negros bombones y blanquitos guajiritos de campo adentro—, rodea al Rey en Jefe.

De pronto, una aguafiestas, una voz como timbre, la garganta de una jodedora de la calle Marqués González en la barriada de Cayo Hueso, cerca del Malecón y el parque Maceo. Es Hortensia la jabá de pasa pará que señala desde el balcón con voz de pitonisa:

*Columna dos, columna dos,  
Camilo aquí está el Che.  
Columna dos, columna dos,  
Camilo aquí está el Che.*

De pronto, se armó un corretaje. Todos corrían, también yo. Entonces me vi corriendo, corriendo hacia la luz. Lo que había detrás de esa luz era la pista de los MiG-15, de los MiG-17 y, en el extremo de la pista, dos estacas clavadas en el duro cemento. Llegué casi al mismo tiempo que la camioneta en la que llevaban amarrados a Billetero y a Catá. Billetero, un muchacho blanco, proyecto inacabado de Cristo, se apoyaba en muletas porque estaba convaleciente de unas heridas de bala. Pese a eso lo amarraron. A su lado amarraron al negro. Les preguntaron si querían ser vendados. Se negaron. Alzaron la cabeza: el pelotón ya estaba ahí. Cayeron los dos delante de mis ojos. No cayeron propiamente, sino que se fueron resbalando como por una navaja que se cierra y llegaron al piso.

Lo que vino después era lo que esperaba: el llamado tiro de gracia. Pero no fue exactamente como pensaba: sucedió que le dieron el tiro todos los oficiales. Les dispararon con pistolas T. T. chinas hasta que las descargaron. Les tiraron más de diez personas. Al que más le dispararon fue a Catá, al negro, al que decían todas las malas palabras que los cubanos sabemos y, a pesar de estar muerto y lleno de balazos, le volvían a repetir que era un maricón, un hijo de puta, un singao, y recibió una redundancia de patadas en la cara. De pronto, apareció un camión de una florería de Santa Clara. En ese camión se llevaron dos sacos, y es fácil imaginar que dentro de esos sacos estaban los recién fusilados.

¿Por qué se había celebrado ese espectáculo de teatro chino en la base aérea?

Por esa fecha coincidió que estaba en Cuba una delegación norteamericana de la famosa sociedad progresista o izquierdista SDS (Students for a Democratic Society), que paralelamente a las Panteras Negras y a otros grupos de izquierda de ese país tenía buenas relaciones con Cuba. Se corría el peligro de que, de celebrarse ese juicio en un lugar abierto al público, los norteamericanos llegaran haciendo preguntas, reclamando por testigos... Este es el motivo de que el juicio se hiciera en la base aérea, que estaba más o menos entre quince y veinte kilómetros de la ciudad, un lugar apartado, es decir, que la justicia iba a funcionar en este caso dentro de lo que se ha dado en llamar el secreto militar. Los bisoños reclutas no éramos muy bien vistos porque nos habíamos negado hacía apenas quince días a algo que estaba muy de moda en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en la década de los 60: jurar veinticinco años de permanencia en el Ejército e ir a la Unión Soviética a convertirse en oficiales. Nadie aceptó eso. Queríamos cumplir nuestros tres años, pero no ser cuadros permanentes de las Fuerzas Armadas.

En toda esta explicación, en todo este arañar la historia, alguna voz podría decir: ¿qué hacías allí, Nikoleta von Lara, con ese uniforme, con esas botas, con ese casco de infantería rusa? (Porque entre los cascos de artillería, que era donde teóricamente estábamos asignados, no había ninguno que me sirviera en la cabeza: tenía que usar un casco de infantería enorme que me bailaba. Un casco que, según decían algunos, había peleado entre comillas en la famosa batalla del Arco de Kursk, o que había entrado a Berlín con los tanques de Stalin).

Entonces, ¿quién era yo? ¿Qué hacía allí? ¡No sé! Era uno más. No había nada singular en mí. Uno más, uno que había ido voluntario y estaba allí. En realidad, no sabía por qué estaba allí. Tal vez era un *beatnik*, una especie de Jack Kerouac negro cubano, salvando todas las distancias... Me encantaban las películas de samuráis, las de Toshirō Mifune, y tenía una vaga relación con la mística. Había perdido el carné de la Juventud, la UJC (Unión de Jóvenes Comunistas), por haber prestado unos libros de Jean Paul Sartre, pero todo eso era una historia que no llegaba a ser singular: lo terrible vendría después de ese fusilamiento.

La base aérea era enorme, y nuestra escuela-campamento estaba en una loma a la que le decían Loma Prieta; había que caminar unos cinco kilómetros desde la base. Caminando entre la oscuridad y las mil diminutas estrellas arriba, junto con nosotros, los reclutas, venían muchachos más o menos jóvenes, pero que eran ya soldados profesionales que llevaban un tiempo en el ejército. Tal vez el olor de la sangre de Billetero y Catá les hizo abrir la puerta de la lengua, y la lengua les hizo abrir la puerta del recuerdo. Uno de ellos hablaba de que había pertenecido a un escuadrón de la lucha contra bandidos, y que en la zona de Condado llegaron unos aviones militares desde Isla de Pinos con unos condenados y varios presos, y que no se sabía por qué les habían hecho un nuevo juicio, y que a todos los habían sentenciado a la pena capital. Y el muchacho, nunca lo olvidaré, solo decía: *Hombro izquierdo, hombro derecho, hombro izquierdo, hombro derecho, hombro izquierdo, hombro derecho, fuego, fuego, fuego, fuego, fuego, fuego...* En esos cinco kilómetros que caminamos tal vez exageraba, como exageramos todos los cubanos siempre, pero entre hombro izquierdo, hombro derecho, fuego, fuego, fuego, si la memoria no me falla, y el conteo progresivo, fusilaron a más de cien personas.

Al llegar a la barraca, tenía los nervios totalmente jodidos, los cables cruzados, y me tiré en la cama a soñar, y ni siquiera el hecho de masturbarme, de hacerme una paja ricota, me dejó dormir. Ni siquiera eso. Me dolían los huevos, y la historia de Billetero y Catá seguía ahí. De La Habana, el miedo pasó un telegrama, y decía que yo podía haber sido uno de ellos, o peor, que podía haber sido uno de ese pelotón. Días después nos enteraríamos que a mucha gente que decía haber estado en el Ejército Rebelde, los habían seleccionado para integrar ese pelotón; que a ese sargento mulato color cartucho, siempre

muy silencioso—en ese pequeño universo que son las barracas militares todo se sabe—, el médico le había dicho una semana antes del juicio que eso era necesario, que era la parte enferma de un cuerpo y que había que amputarla. Que eran ellos o nosotros, David o Goliat, el bugarrón o el maricón, la puta o la mujer decente, la charada china o la ruleta rusa, el tiro del revólver o el tiro de pistola.

Antes de llegar a Las Villas, seleccionado muy escrupulosamente para pasar el curso de Radar P-15, había estado en lo que se llamaba la Escuela de Reclutas en una zona a la salida de La Habana, una finca que, según decían algunos, había pertenecido a Miguel Ángel Quevedo, director de *Bohemia*. Allí había una unidad militar como todas las unidades militares del mundo, donde los sargentos son hijos de putas y dan gritos, y uno es un indefenso recluta pelado al rape con una ropa que siempre le queda ridículamente mal, que tiene que andar corriendo, saludando a gente que no conoce en posición de firmes, porque de lo contrario te regañan, te gritan, te ponen a hacer guardia de noche, te ponen a hacer trabajos totalmente estúpidos.

En esa escuela se enseñaba a: marchar, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... diecinueve; uno, dos, tres, cuatro... diecinueve; izquierda izquier, derecha dre, arretaguardia march. Al arme y desarme. Todo bajo un sol terrible, terrible, terrible, terrible, terrible, terrible. Tan terrible. Comiendo en atención, como un robot, bajo gritos que decían: la comida a la boca, no la boca a la comida; tienen un minuto, tienen dos minutos, a ver, ya terminaron, levantándose. Teniendo que orinar y cagar delante de la gente, en fila, en un hueco en el piso, por turnos. Tenías que llegar, tuvieras o no tuvieras ganas, bajarte los pantalones y a pujar; y el sargento gritando: arriba, que las balas, que viene el enemigo, que ahí están los yanquis, caga rápido, caga rápido, oye, oye, tú, negro, caga rápido, caga, caga, caga, suelta el mojón, suelta el mojón que ahí está el enemigo, que están los yanquis, suelta el mojón, suelta el mojón, suéltalo, suéltalo ya. Aparte de marchar uno, dos, tres, a cagar rápido que viene el enemigo; con la comida a la boca, no la boca a la comida; a fregar con arena porque no había agua ni detergente; a hacer todas las semanas una verbena a las doce de la noche; a desarmar las camas, hacer una hoguera y calentar agua para lavar todo y evitar plagas de piojos y todas las enfermedades, y todo eso, todo eso, todo eso.

Estudiábamos cañones antiaéreos de 30 y 100 mm. Caí en el grupo de los de 30 mm. Me nombraron sargento. Era serio, tenía veintidós años, pero era un desastre: no sabía dar voces de mando. Por poco se arma un motín y, por supuesto, fui destituido. Era un personaje extraño, raro. Había un grupo de gente de Marianao, negros guapos de una zona de Marianao donde hay muchos ñáñigos. Pero, pese a que ellos eran guapos, les quitaban las cosas. A mí nunca me quitaron nada. El único que se escapó de allí fui yo: creé todo un sistema copiado de las películas americanas y armé una organización que llamaba la *Baticueva*.

Una mañana hubo un movimiento extraño. Se venía sintiendo un ambiente raro desde días atrás, como si el otoño se fuera a convertir en fuego. Y lo jodido es que en Cuba no hay otoño, sino calor, casi todo el año. Nunca otoño. Y parecía sin embargo que el otoño se iba a convertir en fuego. Corrió la voz de que no iban a permitir celebrar el día de las madres, esto es, que los familiares no iban a poder visitarnos. Y ese día el otoño, que no existe, se perfilaba que aparecería con los pantalones largos y una antorcha. Vinieron unos oficiales del Estado Mayor y reunieron a la tropa bajo el sol, con los cascos, con las botas —yo con mi gran casco de infantería rusa, el único que me servía—, con los fusiles FAL belgas, los cartuchos de guerra, con la pala para hacer trincheras, y nos dijeron que el día de las madres era un invento del capitalismo, que lo había inventado no sé quién para sacarle el dinero de los bolsillos a la gente. Todo eso. La gente empezó sin levantar la voz a hacer así un silencio fuerte, un silencio fuerte, a murmurar *Uh uh uh uh uh uh*.

*Uh uh uh...* y fue creciendo, creciendo, creciendo, y se suspendió la conferencia. A los pocos días dieron la autorización. Vinieron otros oficiales, sonrientes, dijeron otra cosa: que podíamos mandar la dirección exacta a nuestros padres, que ese domingo, día de las madres, podían venir, que podíamos comer todos juntos.

En la calle Gervasio, entre Neptuno y San Miguel, no existía por lo menos públicamente ninguna unidad militar. Sin embargo, subiendo

unas escaleras, había un apartamento que era en realidad una pequeña unidad militar del goce, de la pachanga y la dulce vida. Esa unidad de combate estaba dirigida por Roberto Hernández Guerrero y Frémez. Tiempo después se convertiría en el dulce hogar del pintor, poeta, novelista, cosmonauta... Aldo, y su bella y callada esposa Nélida. Pero ahora, en este momento, yo, Nikoleta von Lara, voy subiendo esas escaleras a ver si encuentro a Guerrero y tomo algo de ron. Toco la puerta y esta cede. Entro. No hay nadie. Voy con mi mochila, de pase de la unidad de Las Villas donde estoy a punto de graduarme como oficial de Radar P-15. Tengo pase porque me cayó ácido en los pies. Y me digo: *Déjame llevarme algunos libros para la unidad*, y veo un sobre de manila reposando en un butacón. Lo agarro, lo abro, aaaaahhhhhh, son como cuatro fotos. La que está ahí es una trigueña despampanante, lo único que tiene puesto son unas chancletas. Está con la cabellera larga, y con la otra cabellera, la de la papaya, la del bollo, la de la crica. Está de espaldas, evidentemente posando. Tiene enfrente el espejo del lavamanos. En una de las fotos aparece ladeada, sujetando sus senos grandes. Es una muñeca, una estatua del trópico.

He visto esa cara, la he visto. Nunca he hablado con ella, nunca le hablaré... Está totalmente desnuda. Jamás he visto un bollo tan grande en una foto. He visto pocos bollos: tal vez el de mi madre, cuando era pequeño; el de mi tía, que se lo quise mamar y me descubrieron y me dieron golpes por eso. Pero esa es otra historia... Coloco las fotos junto a una Biblia y un libro de Jean Paul Sartre, mi ídolo en aquella época, y todo lo echo en la mochila y bajo las escaleras temeroso de que aparezcan Frémez o Guerrero y me quiten mi trofeo. Camino, no me llevo nada más, no me llevo la chaqueta de cuero que estaba allí, solo aquello, solo a Marucha, que es la que aparece en las fotos.

Voy corriendo, saltando, cantando, soy como un saltamontes, soy, repito, una especie de Jack Kerouac, voy hacia el camino, rumbo a Las Villas, a buscar mis credenciales... ¿Qué dirán mis amigos, allá, en mi otra Baticueva que de Las Villas, en esa TRT de Tropas Radiotécnicas, las tropas de radar, en esa gran base aérea de Las Villas donde murieron Billetero y Catá, el negro Catá y Billetero que solo tenían dieciséis o diecisiete años y que en el juicio se dijo que toda su familia, incluida la madre, estaban alzados, eran perseguidos? ¿Qué dirán Ponce y los demás cuando vean esas fotos, lo espectacular de esa mujer? Voy tejiendo una leyenda de chulito, de pinga dulce, de casanova. Esa mujer

no se llama Marucha, ya no es la mujer de Mayito, el fotógrafo: ahora será una conquista mía con la que voy a deslumbrar a todo el mundo. Tengo una mujer en La Habana y la retraté, ahí está, ahí la llevo, ahí, en mi mochila. Ahí, ahí, ahí.

Bajo el sol, bajo las aguas, una bola de fuego bajo un agua salada en una isla tropical. Dentro de ese sol viven dieciocho millones de otros soles, y en el último hay un universo, más bien un planeta, que es solo agua. Dentro de esa gota de agua pinto. Es el verde sobre el verde; el carmelita del terreno como caca de chino, o de chivo, o de hormiga cabezona, o de hormiga sin diente. Es un terreno suave en el que se ha sembrado mucha caña bajo un sol ardiente, sin lluvia, solo con el agua necesaria para que la caña crezca, para que vengan después el machete, el otro machete, muchos machetes, machetes sin nombres, viejos, conocidos como mochas, o deformado su sustantivo en los nombres Collin, Colín o Gallito, o *mbele*, que es voz africana. Y en la empuñadura del machete, una noche que se mueve, una mano negra, bantú, yoruba, conga, o haitiana, o jamaicana, o blanca sucia y pobre. La isla va cortando la caña. La ha cortado tantos años, tanto tiempo, que ni siquiera las nubes pueden calcular cuánto sudor ha pasado por ahí, por esa tierra color carmelita como caca de chino o de chivo, o de dragón. Todo caña, caña, caña, caña, caña, caña, caña. Miseria para el que trabaja; riqueza para el que está en la siesta, en la sombra, vestido de blanco con la mujer rubia o con la negra en el bocabajo.

Es la caña de azúcar que se transforma después en mucho guarapo, y después en un azúcar blanca o prieta, que se encierra en un corsé llamado saco, que viaja en la panza de un barco rumbo al norte, a Europa, al Asia o a otras regiones de América para transformarse en dólares, computadoras, en patines, en armas de fuego, en poder, mucho poder, mucho poder, mucho poder, o en laticas de jamón del diablo para comerlo con galletas o pan, o en otros machetes que regresan a la isla para que otras pequeñas noches otras manos de bantú, de yoruba, de congo, de jamaicano, de haitiano, de blanco sucio y miserable la vuelvan a cortar.

¿Estoy a favor o en contra? ¿Estuve a favor o en contra? ¿Estaré a favor o en contra? ¿Vivo en la cerca, a la sombra de la cerca, o en la acera de enfrente o en la casa de acá, en esta trinchera, en esta idea?

¿Dónde estoy realmente? ¿Por qué lo que construyo con las manos lo orino y lo escupo al otro día?

Llegué a Santa Clara a las seis y treinta de la mañana. Había salido de madrugada, del mercado de la plaza de Cuatro Caminos, en La Habana, vestido con mi uniforme verde olivo y mi insignia del primer llamado del Servicio Militar Obligatorio. Vine durmiendo sobre la mercancía del camión, entre racimos de plátanos que iban de la capital a la capital de la provincia. Si no hubiera viajado ahí, todavía estaría dando vueltas en la terminal de ómnibus o en la estación del ferrocarril: el transporte estaba muy malo. Tuve que irme en este camión mendigando, diciendo: *Yo soy un pobre muchacho del Servicio Militar, si no llego a tiempo me van a castigar, no me van a dar más pase*. Los choferes se conmovieron. ¿Quién no se conmueve con un recluta que solo gana siete pesos al mes, y que de oriente lo mandan a La Habana y de La Habana lo mandan a oriente o a Isla de Pinos, o viceversa? Un chofer particular me dio un aventón, una botella, y me dejó en la puerta de la base.

Ya a las siete y media —tuve suerte, pensaba yo— estaba en Loma Prieta justo para desayunar. Dejé mi paquete en el albergue, en mi taquilla sin puerta, y fui al comedor. Cogí hábilmente dos buenos pedazos de pan e increíblemente seguía teniendo suerte: en vez del café con leche, que jamás tomo porque no me gusta, habían hecho chocolate. No era un chocolate de película, pero se podía tomar. Había traído de La Habana en un pomito —cosas de mi madre— un cuarto de mantequilla. Estaba toda derretida. Cogí un poco con el dedo y se lo unté a los dos panes. Ya todos habían desayunado y estaba allí, solo, y de pronto unos gritos: robo, robo, robo, robo, requisita. Me encogí de hombros y, de pronto, caí en la cuenta. ¡Requisita! Van a registrar, y mi sobre... Van a encontrar a Marucha sin ropa, ni siquiera en blúmer, ni siquiera con ajustadores, solo en chancletas frente a ese espejo aguantándose las tetas, poniéndose de lado, mostrando toda su espalda, la raja, mostrando todo ese vello, todo ese monte de Venus al que ningún cubano llama monte de Venus, sino pendejera, papaya, bollo, crica, chocha, medallón. Corrí, pero llegué tarde. El teniente se paró frente a mí.

—Nikoleto, ¿esto es tuyo?

La tierra se abrió bajo mis pies. Todo por veinte pesos que le habían robado al bizco González. El bizco González lloró, suplicó, pero nadie abrió la boca. Era el trajín, el hazmerreír, el recluta al que el resto de los reclutas cogen de *punching bag* para las bromas, era el recluta al que, cuando iba al baño y se agachaba a recoger el jabón, amenazaban con meterle el dedo en el orificio. Alguien vio la cartera con los únicos veinte pesos que la familia le había enviado junto a unos alimentos y los cogieron. Tal vez al inicio fue una broma, pero después se convirtió en robo. Entonces él, medio lloroso, corrió al oficial de guardia, y este ordenó la requisa. Y yo estaba comiéndome los dos pedazos de pan con mantequilla y tomándome el chocolatico. Los veinte baros, por supuesto, no aparecieron. Lo que sí salió de la clandestinidad fue Marucha en el sobre de manila amarillo. También salió, como pariente lejano, un libro todo ajado, uno de aquellos famosos libritos de relax que vendían en el pasado reciente a la entrada del Teatro Shanghái, en el Barrio Chino de La Habana, con fotos grisosas. En ellas se veía una blanca con una cabellera que le llegaba casi a la cintura, junto a una mulatona y un enano con una tranca del tamaño de un niño de dos años. También apareció un libro de Vargas Vila, el terrible Vargas Vila, y otro de Stefan Zweig, *La confusión de los sentimientos*.

—Negro, te cogimos con los ganchos. Te aconsejo que lo digas todo y rápido.

Estamos en la jefatura de la unidad de tropas de radar. Estoy sentado. Frente a mí, un negro muy prieto, que es el jefe de seguridad de la base. Detrás, en la nuca, siento las miradas de dos oficiales: el jefe del planché y el mismo jefe de la unidad a quien todos llamamos Billy the Kid, un mulato de ojos azules, muy serio, del cual se dice que estudió en la Unión Soviética y que es ingeniero. Yo lo dudo.

—¿Quién es la puta de las fotos?

No abro la boca aún. Miro al techo y a la cara del jefe de seguridad, que me mira como si quisiera entrar con sus ojos negros dentro de mi secreto. ¿Yo tengo secretos? Siento a mis espaldas la voz de Billy the Kid:

—Me has defraudado. Te habíamos propuesto para la contrainteligencia, cosa que, ahora me doy cuenta, evadiste astutamente. Eres un corrupto, un colchonero, un tortillero. Y pensar que te había propuesto también para ir a la Unión Soviética a estudiar.

Al final decido hablar y les invento una historia, una historia que sé que, de principio a fin, no van a creer. Digo que en los últimos días

de mi pase en La Habana, en la esquina de San Rafael e Industria, donde están los cines Dúplex y Rex, me encontré una muchacha, la misma de las fotos. Que nos miramos, empezamos a hablar y que nos fuimos atrayendo. Que me sentí audaz y, con un dinerito que tenía la invité a tomar unas cervezas en el Daytona, que está al doblar de esos cines por la calle Industria. Que nos habíamos dado unos cuantos besos, un apretón, pero que ella tenía cosas que hacer y yo tenía que estar al otro día en la unidad. Que se fue por su lado y yo por el mío, y que cuando llevaba media cuadra caminando, sentí que me llamaron: era el camarero. Me dijo: *Ey, amigo, esto es de usted*. Era el sobre amarillo. Pensé que la muchacha lo había olvidado. Lo eché en la mochila sin abrirlo, caminé por todo San Rafael y no la encontré. Me fui a mi casa, eché todo en la mochila, me cambié de ropa y salí para la unidad. Esa era...

—¿Quién se va creer semejante cuento? ¿Crees que somos guajiros amarrados con saliva, acabados de bajar de la Sierra Maestra?

—Yo nunca pensé que ustedes fueran tontos ni que estuvieran amarrados con saliva. He dicho la verdad.

—¡Te vas a podrir en el Bonn Disciplinario de Cienfuegos! ¡Te vas a poner más flaco que una varilla de bambú!

Discutimos. Primero, civilizadamente, como si fuéramos blancos almidonados. Después, los gritos pasaron a primer plano. El negro seguroso dio varios puñetazos sobre la mesa y me sonreí. Eso lo puso frenético. Se levantó para golpearme. Salté también. Le dije unas mentiras antropológicas, unas frases que pueden detener a cualquier negro en Cuba, aunque sea miembro del Buró Político.

—Cuidado, negrito de la Caridad del Cobre.

—Falta de respeto —gritaron los otros oficiales a coro.

—¿Qué pinga ni que falta de respeto? Cuidaoooo, cuidaoooo que voy a hacerme condomina mefé del bongó metare, oigan bien, condomina mefé del bongó metare —y empecé a dar saltos como si me hubiera bajado un poder del otro mundo. Me pegué a la pared, me saqué la pinga y dije: *Yo soy muman muman apercheveré, muman muman apercheveré*, y cuantas frases tenía asociadas y aprendidas de mis lecturas de Lydia Cabrera en su famoso libro *La sociedad secreta Abakuá*. Pero sobre todo lo que había escuchado en mi niñez, en el solar de Virtudes y Perseverancia, a los ñañigos verdaderos.

El oficial negro de la KGB se puso pálido. Aquel negro no había salido de la nada: había nacido en Manguitos y se había criado en la

capital de su provincia: Matanzas. Matanzas fue y es el gran asiento de la religión más secreta de América, una creencia que vino en los barcos dentro del pensamiento de los esclavos y que, pese a todas las represiones en la colonia, en la república, y en esta, la Cuba nueva, la Cuba del socialismo marxista, no había podido ser eliminada, estando aún más viva. Las grandes tribus, la tribu efork y la tribu efik, estaban más allá del materialismo histórico. Uno de los oficiales gritó, no sé si Billy the Kid:

—¡Llévenlo pa'l calabozo, pa'l calabozo!

Y sentí en la sien el frío de una pistola.

Se sabía que para ser ñáñigo había que ser hombre de verdad: no se podía ser homosexual, ni siquiera de chiquito. Había que ser buen hijo, buen padre, buen hermano y, además, no se podía mamar bollo porque el hombre que mama bollo, según creencia popular de los ñáñigos, está mamando pinga por carambola, y un hombre que mamara pinga, aunque fuera por carambola, no podía asentarse en los misterios que habían venido del río Calabar.

Era bonito: en las comparsas a veces salían bailando los *íremis* a los que decían diablitos. Iban enmascarados, llenos de cencerros, con aquellas varillas con las que daban golpes. Oí decir que había que decir *tévere monina, tévere monina, tévere monina*. Sabía que a veces “lloraban”: cuando una persona traicionaba le hacían un “lloramiento” o “enlloro”: una expulsión, y había que llorarlo en vida. Las ofensas a la religión se pagaban con la vida. Se decía que para entrar a la sociedad había que tener un padrino. Que la persona que quería entrar recibía el nombre de *indícime*, que había que pagar un dinero cuya cantidad varía respecto a la época, por ejemplo, veinticinco pesos, un gallo; pero sobre todo había que entregar una foto. Esa foto recorría los distintos juegos, o sea, caminaba entre ñáñigos y estos veían quién era la persona que quería entrar. El día de la iniciación o plante ocurrían muchas desgracias. Como en una boda, salvando las distancias, en el momento en que el cura va a declarar a los novios marido y mujer, y pregunta si hay alguien de los presentes que tiene algo que decir en contra de esa unión, que lo diga ahora o calle para siempre. Se decía lo mismo. Entonces si alguien decía:

—No, ese no se puede jurar.

—¿Por qué?

—Porque de chiquito le cogieron el culo.

—Porque es un cobarde.

—Porque...

Aunque el individuo al que acusaban matara al testigo, ya no podía hacerse ñáñigo. Se comentaba que había ñáñigos que iban a los plantes solo a joder, a echarle a perder la vida a otros. Tenían un sexto sentido y detectaban a los cobardes, a los que mantenían algo oculto en su existencia, en su biografía, y, tuvieran o no pruebas, los señalaban a última hora. Casi nunca se equivocaban. A veces eso desembocaba en muerte. Para hacerse abakuá no hay edad, pero esto es peligroso: se ha dado el caso, entre los jóvenes, que a veces se presentan muy niños por problemas de salud, o porque eran hijos de famosos líderes o dignatarios de la sociedad, de algunos que se volvían homosexuales. Se decía que era una humillación para la sociedad que fulano de tal, que está jurado en tal juego, hijo de fulanito de tal, ha salido un *ibana*, una loca, una yegua.

Los barrios se fajaban, como las ramas que venían ya desde África en guerra, los efork y los efik. Unos, fueron los primeros en conocer el secreto que salió del río. Una mujer se pasó a la otra tribu y habló, y la mataron, desde entonces comenzó una guerra interminable. A veces la guerra solo es verbal; otras veces es de muerte.

Se dice de un negro famoso que hubo en tiempos de la colonia llamado Petic, que practicó varias religiones, que inclusive dicen que viajó y vio al papa, un personaje para una novela, que fuera un gran político en el sentido de que en medio de la esclavitud permitió que los blancos entraran a la religión, con una teoría muy abierta en la que planteaba que si un blanco entraba a la religión, aunque fuera capaz, iba a seguir siendo explotador, pero al menos a los miembros de la organización los iba a respetar. Esta teoría teológico-práctica todavía se discute: Petit es odiado por unos y venerado por otros. Se dice que fue abakuá, palero, y que estuvo en una orden religiosa católica que es por donde viene la leyenda de que fue a Roma a saludar al papa.

Rememoraba todo eso en la celda de cuatro por cuatro metros en la que me hallaba. Estaba leyéndome entre comillas la historia de una de las religiones que da asiento a mi país, a mi raza, a mi pueblo, para tratar de olvidarme de la situación en la que estaba, de la realidad concreta, la superconcreta realidad entre cuatro metros, más que cuatro metros, cuatro paredes con un hueco en el piso para hacer... sucio, oscuro, una especie de bartolina. Allí estaba, tirado en el piso,

sin camisa, sin botas, sin pantalones. Me habían quitado la ropa a la fuerza. Las cucarachas, una de las cosas que me provocan un miedo inaudito... Siempre alardeo de que no le tengo miedo a nada, por supuesto: le tengo miedo a muchas cosas y entre las cosas a las que más miedo tengo están las cucarachas. No es que no pueda matarlas, sino el imaginarme que pueda quedarme dormido y que estas caminen sobre mí. Me arrebatara... Pienso que son como mujeres hambrientas, mujeres que se han quedado atrapadas en una estadía extraña, que no han evolucionado físicamente. Pero sí han evolucionado: su cerebro es prodigioso, y saben que soy su enemigo histórico. Soy el enemigo histórico de su naturaleza. Mi misión en la vida no es escribir ni pintar, aunque diga lo contrario; no es seducir mujeres; no es, no, no, no, no, no: mi misión verdadera es luchar contra las cucarachas.

Hace millones de años hay una lucha a muerte entre las cucarachas y yo. Claro que solamente me lo digo en momentos como estos, en momentos en que busco a los abakuás, cosa que nunca seré. Nunca me pondría en un plante a oír decir: *Nikoletto no se puede iniciar por estar en tal cosa o tal otra*. Además, siempre he querido ser cimarrón. Es lo que yo soy: un cimarrón. Soy un cimarrón, un negro que no acepta la esclavitud bajo ninguna bandera, bajo ninguna ideología, y que lleva años luchando contra esas mujeres pérfidas que son las cucarachas. Reconozco a las cucarachas cuando se manifiestan más allá del espejo: altas, rubias, negras, y ellas me conocen a mí. Llevan años tratando de destruirme, y llevo años destruyéndolas, sobreviviendo. Tengo un grupo de aliados en las hormigas. Las hormigas son mis grandes amigas, son mis defensoras. Las hormigas y los perros: donde quiera que esté, donde quiera que haya un peligro, donde quiera que pueda ser vencido, ahí están las hormigas y los perros. Pero no son los perros que salen en las crónicas sociales al lado de las grandes señoras que se gastan millones o que dejan millones en un testamento, no: son esos perros callejeros que no tienen collar, que no han sido vacunados, con sarna, que comen sobras y andan en manadas, sucios. Esos perros sin raza y de todos los colores son mis amigos: me los envía San Lázaro, Babalú Ayé. Esa es la justificación. A lo mejor no es Babalú Ayé, pero me defienden. Ellos y las hormigas.

Entonces, en este lugar donde estoy encerrado ahora, esperando, recordando las palabras de Billy the Kid: *Hasta que te acuerdes, hasta que te decidas a hablar, a decir dónde se puede localizar a esa puta*. Yo les

grité: *Aunque lo supieran, no pueden porque para singar con esa blanca hay que ser hombre de verdad, y ustedes son solo unos babeaos. Los babeaos no pueden singar con una mujer como esa. No sé dónde localizarla, pero si lo supiera no podrían hacer nada porque ustedes son unos babeaos.*

El miedo se vence simulando demostrar a los guardianes que te observan que tú no tienes miedo. Entonces, en vez de ponerme a matar a mis enemigas contra las cuales en aquel momento estaba totalmente en desventaja, lo que hice fue hacer de tripas corazón, tragarme todo el miedo, no quitármelo de arriba, pero, por lo menos, envolverlo dentro de mi espíritu. Me tiré un rato en el piso, en un rincón. Rompí mis calzoncillos, cubrí los orificios de mis oídos con sendos trozos de tela y me lancé a dormir sobre aquella inmundicia. Vomité varias veces al sentir cucarachas caminando sobre mi pecho. Me llené la boca con otro trozo de tela de los calzoncillos porque teniendo a dormir con la boca abierta, y solo de pensar que las cucarachas me podían entrar... Ahí dormí y soñé que sacaba a Nietzsche de su tumba, que lo convencía y le decía:

—A ti que te gusta tanto esa obra llamada *Carmen*, que te gusta más que las obras de Wagner a quien tan bien comprendiste, vamos a matar cucarachas, vamos a liquidar a esos monstruos, a esas mujeres pérfidas, a esas mujeres andróginas. Porque, has de saberlo, las cucarachas son eso: mujeres andróginas. Vamos a empezar aquí mismo, en España, a matar a las cucarachas que son mujeres andróginas, mujeres hermafroditas. No todas las españolas son cucarachas andróginas, pero hay muchas. Tengo miedo...

—¿Cómo lo vas a hacer, Niko? ¿Cómo vas a lograrlo?

En mi delirio le decía: *Ven, ven, ven, ven, ven, ven.*

—Déjame llevar tu voz. Tú vas a hablar, tú volverás a hacer el discurso de Zaratustra, una de las cosas que las mata.

—No me digas que mi discurso mata a las cucarachas, a las cucarachas andróginas convertidas en mujeres.

Y empezamos a matar cucarachas hermafroditas. Empezamos por Madrid, pasamos a Barcelona, luego al País Vasco, a todos, a todos lados. Y yo seguía delirando y vomitando y decía: *Prefiero la muerte, prefiero la muerte, no soporto más las cucarachas, no soporto más las cucarachas, no soporto...*

—Antes de irte una pregunta: ¿sabes quién fue Hitler?

—¿Cómo voy a saber? Aunque en la tumba me han llegado cosas de él.

## ÍNDICE

Tierra a la vista / 11

Cultura para las vacas / 45

Las nubes salen por la puerta trasera / 127

Mejor que Picasso / 235

Encuentros / 361